

viejas encinas, dieron orden de tocar clarines italianos, de muy agudos sonidos, cuyos encontrados ecos debieron resonar en las orejas de los rotos y vencidos como la trompeta del Juicio final. Es lo cierto que, subido el pavor á extremos de verdadero enloquecimiento, los amilanados se trocaron en dispersos, y emprendieron rápida fuga, en la cual chocaban los unos con los otros, haciéndose mucho daño entre sí todos, como sucede siempre que á la disciplina y obediencia en el ejército suceden el desánimo y la dispersión. Las respuestas dadas por unos clarines á otros en el trance aquel, según anterior convenio, aumentaron mucho el pánico, y dieron mayores impulsos á la fuga. Entonces los españoles, persiguieron sin descanso, y acuchillaron sin piedad á los vencidos, por ese furor que da siempre á los vencedores la reciente disputada victoria. El campo de Lucena debió llamarse campo de matanza ó de carnicería, por los cadáveres que poblaban el suelo, y los cuervos que poblaban el aire. Pocos ejércitos han dejado tras sí tantos muertos como el ejército de Boabdil. Pero ¿qué fué de este, llamado por unos el rey chico, por otros el rey desdichado? ¿Qué fué de Aliatar? ¿Qué fué del abencerraje Ahmed? Vamos á verlo en el capítulo siguiente, puesto que habíamos consagrado este á la célebre batalla de Lucena.

CAPÍTULO XIX.

La caballería mora pudo salvar á Boabdil, arrojando las embestidas de la gente cristiana con verdadera serenidad. Pero á las huestes comandadas por Illán y los dos alcaides, así el de Santaella como el de Lucena, uniéronse bien pronto las huestes de los dos señores de Zuheros y de Luque, por tan inesperada suerte aparecidos, que se dirían abortos de aquel atormentado territorio. Desconcertáronse todos los caudillos agarenos, á excepción de los dos que más arriesgaban en aquel encuentro, y que más podían temer de la derrota ó aguardar de la victoria: Boabdil y Aliatar. Aquel que, según usanza de su gente cabalgaba muy airoso á la gineta, apeóse de su caballo herido al llegar á las márgenes del torrente Martín, tratando con grandísimo arrojo de vadearlo, al par que se defendía con tenacidad, y sustentaba palmo á palmo sus disputadas posiciones. Muchedumbres de soldados maltrechos, y cai-

dos, bien á los golpes, ó bien á las fatigas y al cansancio, se descubrían por todas partes, aumentando así la desolación del campo como las angustias del vencido. Boabdil trataba de sostenerlos y alentarlos hasta ver si podía restaurar con su moral sus fuerzas; pero todo en vano, porque ningún terror se asemeja en lo desatentadamente medroso al terror de un ejército asaeteado del pánico. El rey moro tuvo, pues, que acogerse á unas zarzas y á unas adelfas, las cuales entretejidas, bella, siquier naturalmente, formaban como una especie de gruta, y ocultar allí su tristeza y su rota. En vano se ocultó. Las espléndidas vestiduras, á su cuerpo ceñidas; la vibrante lanza, tan análoga con el cetro, empuñada por su mano; la increíble armadura damasquinada y reluciente, como si hubieran embutido en ella los astros del cielo; tantos pregones de su poder y de su alcurnia, debían traerle codiciosos aprehensores, ganosos de comerciar luego con tan rica é inesperada presa. Y sin embargo, nadie sabía quién era, pues difícil presumir tanto arresto en el débil rey moro llamado el infeliz y el chico. Terrible lucha cuerpo á cuerpo, cual pudiera en cerrado torneo empeñarse, hubo por algunos momentos entre Martín Hurtado, regidor de Lucena, y el rey de los moros, aquel rey desdichadísimo, sobre cuyo brazo pesaba la suerte del último reino musulmán, ya casi extinto en el seno de nuestra península. Según la mezcla de codicia y heroísmo, que caracterizaba las grandes luchas de aquellos tiempos,

súbita escaramuza entre los soldados cristianos estalló alrededor del recién cautivo moro. Viendo sus preseas, quisieron varios alzarse con tan valioso rehen y llevárselo en la porción de su pertenencia. Especialmente los soldados de Baena y de Cabra disputábanse con furor al moro. Uno, entre los principales mantenedores de aquella disputa, le llegó á poner la mano sobre el hombro, y Boabdil se defendió noblemente con su puñal y su cuchilla de semejante atentado. Llegaran las cosas á mayores, si no viniera el alcaide mismo de los donceles, y echando rojo lazo al cuello de Boabdil, no le declarara buena presa perteneciente á todo el ejército, aun sin haber conocido la persona de quien se trataba, pues no acababan de cautivar los lucentinos un rey, no, acababan de cautivar un reino.

¿Qué se había hecho entre tanto de Aliatar? Aquel guerrero, que parecía uno con su caballo, y que vibraba las armas como los dioses sus rayos, no envejecido, á pesar de acercarse á un siglo; ni desmayado so la pesadumbre de tantas adversidades como probaban á los suyos en aquellos tiempos; antes erguido y fuerte, al modo y manera de los victoriosos y de los felices, parecía destinado aún por la naturaleza, empeñada en conservarlo, á defender Granada y Loja durante los últimos trances de sus gloriosas vidas y en los últimos arreboles de sus esplendentes historias. Recogiendo á los más animosos y á los más fuertes, Aliatar pasó el torrente que no había podido pasar Boabdil, y creyó encon-

trarse ya en cobro, por muy próximo á ganar aquellos territorios propios, requeridos con grandísimo empeño y aliento en su rápida carrera. Seguíanle á mayor abundamiento varios veteranos, curtidos en los combates de antiguo y dispuestos á sostenerle con arrojo y tenacidad en todas partes. Quien ha pasado por las tempestades que Aliatar pasara en su vida sin consumirse, créese invulnerable al hierro, incombustible al fuego, dotado por la naturaleza de una como segunda perdurable vida. Solamente, pensaba en aquel entonces Aliatar, solamente la presencia del Angel de la Muerte podía en su camino detenerle, y solamente un decreto del hado en su empeño aniquilarle. Había dejado á su espalda Iznajar, sitio último, postrero límite, adonde llegaban aquel día las arremetidas del vencedor, detenido á cada paso por las solicitudes atractivas de los despojos. Pero el cielo habíalo dispuesto de suerte que no se salvase nadie á sus iras manifestadas en todos aquellos trances tremendos. Apenas habían traspuesto el torrente, y creídose ya salvos, aparecieron armados de punta en blanco varios señores castellanos, los cuales, calada la visera, erguidas las agudas lanzas, clavadas las espuelas en los ijares de sus corceles, arremetieron á los enemigos recién hallados, con ánimo de apresarlos, aumentando así la innumerable muchedumbre de valiosos cautivos. Pero muerto, y solo muerto, hubieran podido coger al anciano Aliatar, ilustre personificación, quizás la postrera,

del empuje de su raza. Mandaba los caudillos cristianos Alonso de Aguilar, como el alcaide viejo é ilustre de Loja mandaba los caudillos musulmanes. Conociéronse uno á otro y se retaron, como si estuvieran solos, y en singular combate. A la palabra rendición, modulada por Aguilar, contestó el moro con otro reto parecido á una blasfemia. Y tal respuesta no se había comunicado aún á los aires, cuando la tajante tizona del caballero castellano hiende, como un rayo despedido de tonante nube, la cabeza de Aliatar, quien, desceñido de sus armas, desarzonado de su cabalgadura, y magullado y malherido en todo su cuerpo, cae sobre las laderas del Genil, y desde sus pendientes agrias rueda con celeridad al cauce, hasta sumergirse á guisa de inerte piedra que las aguas arrastraron hasta unas rocas lejanas, donde pudieron ver, algunos días después, ya los fugitivos, ya los merodeadores, un cadáver cuasi comido por los buitres y por los perros; pero asiendo en su mano crispada por el dolor aquel áureo alfanje cuyas chispas brillaran por tanto tiempo, como próspera media luna, sobre las sienes regias de Granada, preservándola y defendiéndola contra las asechanzas españolas.

Así acabó la batalla de Lucena, conocida con el nombre también de batalla del Rey Moro. La brillante armadura de este, pasó á poder del alcaide de los Donceles, quien la tuvo mucho tiempo colgada en su enterramiento y panteón de San Jerónimo en Córdoba. Cinco mil moros perecieron en la deman-

da, entre los cuales, todos tenían por el más héroe al gran Aliatar, primero entonces entre los generales del reino. Mas no fué tan solo éste á la verdad entre los notables muertos. Murió también el alguacil mayor de Granada, el mayordomo de la Alhambra, y otra multitud innumerable de jóvenes pertenecientes á la flor y nata del desdichado reino. Veintidos estandartes se repartieron entre los vencedores, y flotaron bajo las bóvedas de nuestras iglesias. Al día siguiente se veían por doquier antiguas y ricas tiendas, tan hermosas como palmeras del desierto, algunas traídas hasta del Egipto y de la Syria. Los atambores y añafles árabes sonaron en las calles de Lucena con regocijo, celebrando lo contrario de aquello para que fueron hechos, las victorias cristianas. Los pueblos primeros de la comarca celebraron fiestas religiosas; y los despojos fueron acompañados, principalmente aquellos que significaban alguna gloria ó algún recuerdo, entre magníficas procesiones. Pagáronse á mil maravedises cada uno de los pendones tomados al moro. Los jinetes recibieron cuatro fanegas de trigo y una lanza; los infantes dos fanegas de trigo y una lanza. Empeñóse ruidosa y hasta bélica competencia sobre quién ó quiénes tomaran al moro principalísimo, cuyo nombre y calidad ignoraban todos, noches después del combate. Los naturales de Cabra y los de Baena se arrogaban la primacía de tamaño hecho, al cual habían de sumarse, por necesidad, grandes y extraordinarias

ventajas. Riñeran, más que disputaran, á no impedirlo sus jefes; y aun, para impedirlo, debieron estos industriarse de suerte que no aparecieran ellos jueces resolutores del empeñado litigio. Remitieron á Boabdil mismo la sentencia y le aseguraron que, pareciendo, por su apostura, persona tan principal, había de ser forzosamente caballero, y decir verdad, tal como se prescribe y manda en todas las religiones á todos los hombres. Allanáronse á esto los litigantes, aunque Boabdil no había pronunciado una palabra. Presentáronse primero los de Baena, y el cautivo no se movió, aunque le requirieron á una con verdadera insistencia para que dijese con verdad si eran ellos ó no sus apresadores. Pero en cuanto entraron los de Cabra y Lucena, precedidos por Martín Hurtado, verdadero aprehensor de Boabdil, éste se levantó del cojín mullidísimo, en que se hallaba como acostado, y los designó con el ademán por sus verdaderos aprehensores. Así concluyó tan extraño litigio sostenido por una y otra parte antes de saberse quién fuera el cautivo.

Encerráronle, por fin, en la Torre del Homenaje, que velaba, como un avanzado centinela, por aquel tiempo, los castillos feudales. Aunque nadie sabía su nombre y calidad, todos adivinaban en él, en su talante nobilísimo, en su concentrada reserva, en su dignidad íntima, poder, grandeza, fortunas superiores: que la superioridad se delata siempre á sí, hasta por las minuciosidades múltiples de la

vida, imposibilitada completamente de recatarse y encubrirse. Guardáronle, pues, los nuestros las consideraciones debidas por el vencedor al vencido, y lo recluyeron en estancias verdaderamente regias. Con delicadeza grandísima, no divorciada del heroísmo, quizás compañera inseparable suya, trataron de que no se añorara por su ausente patria, ofreciéndole para su habitación, estancias compuestas y alhajadas al modo morisco. No podía costar mucho á los cristianos de tal tiempo este refinamiento con cautivo de tal monta. Por do quier penetraba en la vida española el oriental espíritu. Inútil asomarse allende la violácea Sierra-Morena para ver cómo el arte árabe pagaba tributo al cristiano y se unía con los triángulos del gótico y con los rosetones del plateresco, embelleciéndolos y realzándolos. Basta con pasearse por los sitios metropolitanos de nuestra iglesia y de nuestra monarquía, tanto en las dos Castillas como en Aragón, basta con pasearse por Toledo, Ávila, Segovia, Zaragoza. Los ajimeces de las Aljaferías; el azulejo empotrado en los zócalos de las paredes, alicatadas á guisa de venecianas blondas; las techumbres de oloroso alerce, con marfil y oro embutidas, en forma de guirnaldas donde se hubieran juntado á las perlas rosáceas del mar los asteroides brillantes del aire; las puertas, con arcos de graciosa herradura, festonadas por hiedra y por zarzas, en los jardines de la Galiana, henchidos de orientales romances; aquel sepulcro mudejar fabricado en la

catedral de Toledo, con todas las alharacas del gusto granadino, para velar el sueño eterno de canónigos ó prelados, y que tiene masónicas fórmulas; aquella sillería oriental del convento de Ávila, bajo cuyas marmóreas losas duerme Torquemada, sillería sin un santo ni una cruz, toda revestida por maravillosa manera, con reproducciones mágicas de las flores del campo; las galerías del Taller del Moro y los tambores de la Puerta del Sol y los chapiteles syrios de Santa María la Blanca en las orillas del Tajo, semejantes, al extenderse bajo estos timbres asiáticos, á las orillas del Eufrates en las tierras del Asia; todo esto dice bien, cómo pasaban aquellos dos pueblos enemigos la vida, combatiéndose mutuamente con ardor é imitándose con fidelidad. Cual los nazaritas trazaban cristianas pinturas en el Patio de los Leones, ponían los nazarenos orientales diademas en las sienas de sus palacios, y echaban como chales de Persia magníficos alicatados en las paredes ciclópeas de sus fortalezas y castillos. Así Boabdil pisó alfombras de Asia como en su Alhambra; ocupó cojines moriscos, análogos á los gastados en su harén; vió pendiente allí en el alhamí, la guzla cargada de melodías semíticas; y rebosando agua fresca, sobre piedra de jaspes, el búcaro azul celeste; y despidiendo aromas el embriagador pebetero; y entonando coros las aves enjauladas en áureas pajarras; mientras la luz diurna, cernida por las celosías, trazaba en el pavimento, bruñido como un

espejo, fantásticos arabescos; y los surtidores, después de alzarse á las estalactitas de un techo brillantísimo, volvían murmurando al tazón, abiertos en gotas diamantinas por los aires cargados de perfumes trastornadores y de suspiros dolientes.

Pero ¡ay! que si todo esto le aproximaba materialmente á su patria y á su raza, el encierro y reclusión entre aquellas magnificas paredes, el grito de los centinelas castellanos, el repique de las campanas cristianas, decíanle cómo había caído en poder de infieles, y cómo acaso había con él también caído su hermoso y esplendísimo reino. La naturaleza y complexión de los semitas es de suyo muy dada ciertamente á la tristeza, de lo cual derivase acaso la melancólica mirada, con que muchas veces os pasma el árabe, y su propensión á elegías tan sublimes como las cantadas por los abditos sevillanos en sus destierros al África ó por los profetas hebreos en sus duros cautiverios. Lo primero de que Boabdil se acordó en su desgracia fué del duelo que suscitaría en las gentes granadinas la noticia del nefasto desastre. Fingíase, allá en su retina exaltada por la fiebre, los centinelas de Loja, escudriñando los valles del Genil, para columbrar si venían ó no en dirección opuesta con el curso de tan sacro río, los árabes resplandecientes de victorias y cargados con despojos capaces de abrillantar y exaltar aún más al reino granadino, especie de gigantesco escollo, á cuyas cimas habían llegado con sus penates y sus riquezas cien generaciones de

náufragos. Pero ¡ay! bien pronto verían sobre los campos alegrados por la copia de colores, que ostenta en sus paletas Abril, acercarse, ya entristecidos, ya maltrechos, algunos dispersos, semejantes á esas aves, las cuales se apartan de sus bandadas y se van solas á las emigraciones, despidiendo lastimero grito. Y hasta las piedras les preguntarían á estos infelices por el monarca, por el general, por el santón, por el ejército entero, pueblo en armas, esparcido sobre las tierras cristianas con furia de tigre y disperso como una triste manada de ciervos. Y los interrogados no sabrían cómo contestar á tales interrogaciones y cómo decir lo que habían visto, los turbantes dispersos en la tierra empapada por todos sus poros de sangre; las adargas rotas á los mazazos del enemigo y agujereadas por sus disparos; los lanzones caídos en fragmentos como cañaverales tronchados por el huracán; los héroes de tantas victorias muertos en el seno de una tierra madrastra, sin entrañas siquiera para sus huesos, mondados por los picos del buitre y por los dientes del perro. Ya veía los santones vestidos de saco, y cubriéndose la cabeza con la ceniza del hogar apagado; y las mujeres, hendiendo con sus gritos los muros del harén, gritos lastimeros, que preguntan por el padre, por el esposo, por el mancebo nacido de sus entrañas y criado á sus tetas, extintos todos. A lo mejor, en medio de aquella desolación, se veía venir sin cabalgadura el caballo á quien le arrancaran su jinete, despavo-

rído de dolor, y atronando los aires con sus relinchos salvajes, llenos instintivamente de amarguras y penas. ¡Ah! Cómo se asomaría la pobre Moraima, en su desesperación, por los ajimeces del mirador de la Reina, y viendo llegar al mensajero de tan malas nuevas, caería sin vida ni sentido sobre los duros suelos, tan pálida y tan fría como la flor desmayada que cruel mano arranca del follaje y del tallo. Y por lo contrario, cómo Aixá, en su vigor, se mesaría los cabellos, y echando espumajos de hiel por sus labios y centellas de guerra por sus ojos, levantaría las manos al cielo en testimonio de no tomar un día de descaaso sino después de haber tomado, á su vez, otro día de verdadero desquite, y apercibiéndose á combatir de consuno con los vasallos rebeldes y con los españoles vencedores. Su pensamiento y su recuerdo fijábanse ante todo y sobre todo en la predilecta de su corazón, en la favorita de su existencia, en la mujer amada con todos los amores y para la cual guardaba los afectos más puros de su corazón enamorado y tierno. Veíala como avecilla despojada de su pareja ó de su nido, sin más consuelo que lanzar al viento la expresión siniestra de agoreros lamentos. Sus ojos, arrasados de lágrimas, no se apartarían ni un minuto de la corriente del Genil, que brilla serpenteando en la Vega, y que resultaba entonces, por los empeños de la fatalidad, como estrecho lazo entre los dos esposos apartados y ausentes. Las crestas de las montañas occidentales resplandece-

rían todas con los destellos de aquellas miradas amorosas, á cuya virtud se habían fundido en el férreo pecho más de un duro corazón guerrero. Y entonces recordaría la cuitada, como ella, ella sola, se opusiera con sus débiles brazos á la salida del esposo, acosado por mil funestos augurios, mensajeros de adversidades presentidas por aquella triste alondra, que sabía con intuiciones proféticas y anuncios maravillosos, adelantarse á los tiempos y penetrar en los recónditos senos de misterioso porvenir. ¡Ah! El olor de las rosas y de los jazmines hedirían á su olfato; y pareceríale un cementerio la regocijante Alhambra, despojada de su rey, como ella viuda de su esposo, y con tristezas inenarrables entristecida verdaderamente. Y siguiendo el curso vario de todos estos elegiacos pensamientos, Boabdil se cubría el rostro con las manos y se daba sin recato al torrente de sus lágrimas.

Los aprehensores del rey resolvieron ponerle bajo la custodia de Illán y encargar á este que averiguara la prosapia, dignidad, nombre y cargo del preciado cautivo. La elección, en efecto, no podía tener más acierto á causa de los cumplidos sentimientos caballerescos del héroe y de su arte consumadísimo en hablar la sonora lengua del vencido. Entró, pues, en su oficio el castellano y católico, impulsado por móviles iguales á todos cuantos determinaron las acciones más hermosas y honradas y altas de su heroica existencia. Rabioso como el soberbio león de los desiertos en el combate, cuando

ya tenía un enemigo á merced suya por la victoria, presentábase como el más misericordioso y benigno de los hombres. Así, las palabras más suaves partían de sus labios para no herir aquel corazón desgarrado por su derrota, y la más humilde actitud correspondía con su nativa generosidad. Presentóse, pues, delante de Boabdil, aún ignorando quién fuese, más bien como á recibir órdenes que como á darlas. El árabe, acostumbrado al trato de las gentes, vió en seguida el carcelero encargado de su custodia, y adivinó cuánta caridad encerraba su pecho, bajo la coraza medio rota y abollada en los mismos combates, donde le habían hecho á él prisionero y cautivo. Así, profundamente saludó á su preclaro guardián, no sólo bajando la cabeza en señal de respeto, sino también tendiéndole con efusión la mano en señal de cariñoso afecto.

— Dios — dijo Illán en lengua árabe — reparte gratuitamente sus dones. Y unas veces da el triunfo á los de un pueblo y otras veces á los del pueblo enemigo, reservándose las causas de su elección en los designios inescrutables de su Providencia.

— Lo sé — dijole Boabdil — y te agradezco mucho que lo recuerdes ahora, cuando la fortuna te sonríe tanto á ti como á los tuyos, mientras nos ágobia el infortunio así á mí como á los míos.

— Solo quien pierde á las borracheras de felices casos, que tanto desvanecen el seso, su razón y sus sentidos, puede olvidar los caprichosos cambios de la suerte.

— ¡Con cuánta dificultad se asciende y con qué rapidez ¡ay! se baja! Tras el cielo azul se columbran llamas, en cuyos ardores y en cuyos rayos quemaríamos alma y cuerpo; mas no podemos ascender, faltos de alas, como si todo aquello que nos rodea, nos tirase de consuno hacia abajo y nos dijese cómo pasamos un momento de pié por la superficie del mundo, mientras dormiremos toda una eternidad tendidos con el sueño de la nada bajo las piedras del sepulcro.

— Todo cambia. En el mudar consiste de suyo toda la vida. Y cuando ansiamos un placer, creyéndolo miel perfumada para nuestros labios y para nuestro paladar, se torna en acerbas y acres amarguras.

— ¡Ah! Es verdad. Mirame á mí; ayer acompañado por un ejército en armas, que cantaba victoria, y hoy metido en la cautividad material, donde mis recuerdos me abruman como la más pesada cadena. Bien es cierto, que do quier vuelvo los ojos, veo alguna ruina ceñida de zarzas, y habitada por buhos; alguna estrella trasmutada en cenizas; algún sol, que ayer aparecía como punto de luz y hoy aparece como sudario de tinieblas. Vuelvo el pensamiento atrás y considero los reyes del Yemen devorados por las arenas del desierto; los anásidas y sus tablas donde se hallaban escritas las más sabias leyes, sepultados en la noche del olvido, componiendo con sus huesos, que soportaban el mundo, algún fuego fatuo; las riquezas de Karun,

halladas ayer en los crisoles de su ciencia, y convertidas hoy en mísero estiércol que no sirve siquiera para el abono de una planta; los alcázares de Cosroes, compuestos por esmeraldas y oro, sirviendo con su desnudo esqueleto de fríos ladrillos para tomar el sol á los mudos lagartos del Asia; la sabiduría de Salomón trastrocada en burla del mundo y en escarnio para él; acabados los huertos de Valencia, los jardines de Córdoba, las torres de Sevilla; las mezquitas hablando por las lenguas de vuestras campanas, los mimbres hechos pulpitos de vuestros doctores; y del hogar donde nos engendraron nuestros padres, vuestra la llave; y en el mirab donde guardábamos los libros de nuestro Profeta, metidos vuestros sacerdotes. ¡Oh! cristiano, has vencido mi cuerpo, el cual está hoy aquí á tu disposición, bien para que lo vendas al precio más conveniente á tus intereses, bien para que lo partas en pedazos y se lo des á comer á tus perros, has vencido mi cuerpo; mas no podrás nunca, nunca, nunca, vencer este mi dolor, que habrá de acompañarme hasta más allá del sepulcro, do quier llegue mi alma en sus futuros destinos.

—No trato de poner á tus dolores tasa. Lámenate, cautivo, en buen hora, y pláñete como deben plañerse los hombres en sus infortunios, después de haber ofrecido y haber derramado toda su sangre para evitarlos. Las leyes de la guerra son como las leyes de la fatalidad, muy superiores á todos nosotros, á tu voluntad y á la mía; pero después de

haberte oído hablar así, permíteme creer que has rodado de muy alto y permíteme preguntarte con todo respeto por tu escondido nombre. Solo quien habla desde alturas inaccesibles al resto de los mortales puede hablar de igual suerte que tú has hablado y dolerse de sus infortunios en la sublime lengua por ti usada para dolerte de los tuyos.

—No quiero, no, cristiano, por más tiempo, esconderlo á tu natural investigación. El cedro del alto Líbano que, después de haber coronado la montaña de los proféticos oráculos se precipita vencido por los siglos á las profundidades invisibles, por cuyos abismos sólo se oye bramar el torrente despeñado, no lleva tan sólo su pompa de tallos y hojas y ramas, sino también las plantas parásitas que se han agarrado á su gigante cuerpo, y los nidos que lo habitan, y los insectos que lo avivan, y el polen que lo fecunda, y miles de seres que se alimentan de sus jugos. Pues bien, aquí me tienes; yo represento las razas, que salidas de los desiertos del Yemen, se han dilatado por Asia y por África y por Europa, desde las orillas del Ganges y los golfos pérsicos hasta los mares de Sicilia y de Grecia. Yo soy, añadió solemnemente, golpeándose con ambas manos el pecho, yo soy el rey postrimero de Granada, yo soy Boabdil.

—Permítame señor, V. A., permítame que de hinojos le hable, porque vencido en los combates ó vencedor, enemigo ó amigo de mi raza y de mi gente, personifica siempre lo que más respeta y en-

salza un caballero castellano; personifica siempre la majestad real, que no se anubla ni eclipsa en la desgracia.

E Illán se puso de rodillas ante Boabdil hasta que se dignó éste levantarlo con sus propios brazos. Y después de haberle ofrecido reverentemente sus servicios y demandándole su venia, salió para comunicar á sus compañeros la presa que tenían entre las manos.

CAPÍTULO XX.

Inútil decir el regocijo con que los reyes cristianos recibirían la noticia del anonadamiento infligido por nuestras lanzas al triste y deschichado rey moro. Toda España, todas sus regiones, ardieron á una en la natural alegría, que procuraba, no sólo el triunfo conseguido, el presagio de otros muchísimos valederos y fecundos. La cautividad inesperadísima de Boabdil, á un mismo tiempo destruía esperanzas en el ánimo de los mahometanos y agravaba discordias en sus últimas poblaciones y en sus maltrechas huestes. Hallábase, al recibir la noticia, Fernando en Córdoba, mientras Isabel en Castilla. La ausencia de la reina impedía tomar aquellas grandes resoluciones, militares y políticas, en las que todo lo intuitivo é inspirado provenía de la mujer, mientras todo lo maduro y reflexivo provenía del marido; contribuyendo así las sendas oposiciones morales é intelectuales, que ha